

HELMANTICA

REVISTA DE HUMANIDADES CLASICAS
PONTIFICIA UNIVERSIDAD ECLESIASTICA.-SALAMANCA

AÑO VI

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 1955

NÚM. 21

CAMPEONATO DEL ARCO

ODISEA, CANTO 21

Articulación poética

Prueba del arco o prueba decisiva. Es el momento cumbre en que se va a decidir la suerte de Penélope. Su fidelidad se ha sostenido veinte años fiel a su marido y quisiera sostenerse veinte más. Su habilidad se ha defendido —aun a costa de mil sensibles pérdidas— de todos los acosamientos de los pretendientes violentos, pero en su debilidad femenina ya no puede defenderse más. Ha resistido todo lo que ha podido, mas la violencia enemiga la ha obligado ya a decidir. Hoy se verá con quién se va a casar. Quien triunfe en la prueba del arco será su esposo. Hoy es el día histórico en que se va a resolver su porvenir.

Pero.. —¡contrastes trágicos de la suerte!— precisamente en este día y en esta prueba se va a revelar Ulises el justiciero, que va a libertar a su esposa de los acosamientos de esos pretendientes violentos, que va a vengar todas las injurias hechas con la sangre y la vida de esos canallas, que va a sancionar con la justicia todas las injusticias cometidas. Dramatizar este momento único, recoger los tres hilos céntricos de la epopeya —vuelta al hogar, fidelidad de la esposa, venganza de los pretendientes— es lo que constituye el objetivo y mérito del poeta en este libro. Veamos cómo lo realiza para aprender su arte sin igual.

Todo el canto se reduce al certamen. A ver quién logra armar el arco y disparar con él. O mejor dicho, a ver quién dispara una flecha por los agujeros de doce hachas seguidas sin tropezar en ninguna de ellas. Los aspirantes al certamen son muchos. Son todos los que aspiran a la mano de Penélope, es decir, todos los pretendientes. Desfile un centenar de personas manejando el arco y disparando flechas sería la mayor monotonía, y Homero es el mayor adversario de la monotonía. ¿Cómo la evitará?

Primero describirá al nuevo personaje que entra en esta escena —que es el arco—, haciendo majestuosamente, como lo pide el momento, su presentación. Es la primera escena.

Luego empieza el certamen. Pero no monótonamente desfilando pretendientes —de éstos, cosa curiosa, no desfilarán nada más que dos— sino organizándolo y dramatizándolo. ¿Cómo lo organiza? ¿Cómo lo dramatiza? De la siguiente manera.

Empieza por preparar el certamen, presentando a Telémaco plantando las hachas en tierra y retando a los pretendientes a iniciar el certamen. Pinta luego a uno de los contendientes intentando vanamente manejar el arco. Es Leodes. Ante su impotencia Antínoo grita: «Que traigan fuego y sebo». Es el nuevo elemento para dar crescendo de interés a otra nueva intervención.

Pero —escrupulosidad de Homero psicólogo y poeta— esa segunda intervención no la pondrá inmediatamente después de la primera sino que las separará por una escena de otro tipo, aunque no desligada de la acción principal, por la manifestación de Ulises a sus criados fieles— el porquerizo y el boyero— en orden a tenerlos a su lado para la matanza. Terminado este corte o descanso de la manifestación, viene la segunda intervención del certamen, la de Eurímaco. Es la segunda y es la última. Porque al ver que tampoco podía, a pesar del fuego y del sebo, dice Antínoo: «Hoy es mal día porque es fiesta, precisamente la fiesta del dios del arco, Apolo. Dejémoslo para mañana».

Entonces es cuando el mendigo dice: «Dejadme a mí el arco, a ver si puedo yo». Todos protestan como si presintiesen lo que va a pasar, pero Telémaco se impone y da el arco a su padre. Este arma el arco, dispara y da en el blanco. Entonces salta a la puerta y empieza la matanza.

Cinco son pues las escenas en que se puede dividir el canto.

1.^a Presentación del arco.—2.^a Certamen, primera parte.—3.^a Manifestación de Ulises.—4.^a Certamen, segunda parte.—5.^a Intervención de Ulises.

Estudiémoslas en detalle.

ESCENA 1.^a—PRESENTACION DEL ARCO

Es un ejemplo del género lento y solemne. Parece una marcha fúnebre. Su majestad imponente e impresionante está en consonancia con la solemnidad del momento y el peso y la importancia de la resolución tomada. Parece que el poeta nos quiere hacer sentir la resistencia del ánimo de Penélope a dar por fin el paso que tanto la retrae, parece como que quiere alargar el tiempo que ya no espera... Su arte está en el espaciado. Va siguiendo el orden cronológico, cortado por la genealogía del arco.

Penélope coge la llave y se dirige al desván. Allí estaba el arco... y aquí hace el poeta la historia del arco. Llega, abre la puerta, coge el arco, llora... Baja con el arco a los pretendientes y les propone la prueba. Eumeo recoge el arco de manos de su señora y llora también. Antínoo le reprende. Estas son las ruedas sobre las que corre toda la presentación.

Hemos dicho que el arte de Homero en esta escena, del rapidísimo Homero, está en el espaciado. Es maestro en acomodar el estilo a todas las circunstancias. Y la actual pedía solemnidad como ninguna. Veamos cómo lo consigue. Siempre natural y objetivamente.

Primero la idea. Cuatro versos: «A ella ¿cómo no? —en la mente le puso la diosa de brillantes ojos Atena— a la hija de Icaro, a la prudente Penélope— el arco a los pretendientes ponerles y el grisáceo hierro en los palacios de Ulises, certamen y comienzo de muerte». La idea era sencillísima. Se le ocurrió poner el arco. La amplitud la logra detallando y espaciando cuatro puntos: *quién la inspira* Atena—. «Y a ella —¿cómo no?— en la mente le puso la diosa de brillantes ojos», Atena,— *a quién inspira*— «a ella, a la hija de Icaro, a la prudente Penélope» —*qué la inspira*— «el arco a los pretendientes poner y el grisáceo hierro» —*dónde*— «en los palacios de Ulises». Así sabe espaciar Homero cuando se pone a espaciar, es decir, cuando el momento lo pide.

Homero sabe espaciar y sabe anunciar: El arco y el hierro grisáceo tienen una doble misión, servir de certamen y de instrumentos de muerte... Y este tinte sangriento quiere el poeta que esté ya tiñendo desde el comienzo toda esta escena, que tiene para el lector ese trágico *sabor de música in planctu*. Por eso como un timbre anunciador y un tragaluz teñidor añade al arco y al grisáceo hierro este aditamento final: «certamen y comienzo de muerte»... Por ellos comenzará la matanza de los pretendientes...

Segundo, la llave: «Por la alta escalera subió de su casa y cogió la llave bien retorcida con su mano fuerte, llave hermosa, de bronce... Empuñadura de marfil tenía»... Se fija en el sitio: «Por la alta escalera subió de su casa», en la llave «y cogió la llave». Y en esta especifica la forma «bien retorcida», la apariencia «llave hermosa», el material de que estaba hecha «de bronce: empuñadura de marfil tenía». Por último se fija en el peso: «la cogió con mano fuerte»...

Y en la majestad de la reina «mano fuerte y señorial»...

Tercero, el desván. «Y empezó a caminar al desván con las mujeres sus siervas, al último cuarto. Allí tenía los tesoros del rey, bronce y oro y bien trabajado hierro. Allí estaba el elástico arco y la aljaba receptora de flechas —¡cuántas tenía dentro preñadas de ayes!...—». La amplitud la consigue con la solemnidad de la forma «y empezó a caminar al desván, al último cuarto», con la compañía «con las mujeres sus siervas», con la enumeración de lo que en aquel cuarto, el último, había: «Allí tenía los tesoros del rey —bronce, oro y hierro bien trabajado—» y la especificación caracterizada de lo que ahora más nos interesa, el arco y la aljaba «allí está el elástico arco», que aún siendo «elástico» no lo habían de poder armar... —ironía— «y la aljaba receptora de flechas», con el aditamento teñidor de sangre: «¡cuántas había dentro preñadas de ayes!» Aditamento que con el «comienzo de muerte» de arriba están impregnando de tragedia todo este cuadro. Es de notar que las dos veces que ha salido el arco, las dos veces le ha teñido de rojo...

* * *

Cuarto, la historia del arco. Llama la atención la amplitud que le da. Casi treinta versos. Y viene curiosidad de preguntar el porqué. Analizando su composición se ve que esta amplitud obedece a tres causas. Primero, a la personalidad sin igual de este arco. No sólo

por la misión que va a desempeñar — única en la historia— de dar muerte a tantos y a tan canallas pretendientes y en estas circunstancias excepcionales, sino también por el origen o ascendencia privilegiada que tiene: es el arco del mayor especialista en el arco conocido en la historia, digo, de uno de los dos mayores. «Con los hombres antiguos —había dicho Ulises en la corte del rey Alcínoo— no me quiero comparar, ni con Hércules ni con Eurito el de Ecalia, que aun con los inmortales se atrevieron a contender con el arco. Por lo cual —cómo no— bien pronto murió el gran Eurito sin llegar a la vejez en sus palacios. Porque irritado Apolo le mató, por haberle desafiado a disparar con arco» (Odisea, 8, 223-228). Pues bien, de este arquero incomparable va a ser el arco misterioso que hoy va a aparecer aquí. Su misión y su origen son igualmente cumbres. Por eso bien merece tan ilustre personaje que se cuente lentamente su genealogía. Es la manera de Homero en estos casos. Así lo hizo en el libro XIII de la *Iliada* cuando presentó a aquel otro gran personaje sin vida que se llamó «el muro de los aqueos».

La segunda razón de esta lentitud es la suspensión. Otra faceta del arte homérico en momentos álgidos como el actual. ¿No le vimos al reconocer Euriclea a Ulises detenerse a contarnos toda la historia de la cicatriz? ¡Y con las arsis que teníamos de saber lo que seguía! Pues algo parecido es lo que ahora sentimos ante esta suspensión. La tercera razón es sintonizar la historia del arco con su misión actual. Su misión es dar muerte a los pretendientes y su historia está también amasada con sangre... «A su antiguo dueño le mató Hércules en su casa teniéndole como huésped... sin temor a los dioses ni a la hospitalidad de su mesa».—Veamos su hechura.

«Regalos —el arco y las flechas— que le dió un su huésped en contrándole en Lacedemonia, Ifito hijo de Eurito, parecido a los inmortales. Los dos se habían encontrado en Mesenia en casa de Orsíloco el prudente. Ulises había ido por una deuda que todo el pueblo le debía: pues los vecinos de Mesenia le habían llevado reses de Itaca en sus naves de muchos bancos —trescientas con sus pastores—. Con esta comisión anduvo Ulises aquel largo camino, siendo un muchacho. Pues le mandó su padre y otros ancianos. Ifito a su vez a buscar unas yeguas que había perdido —doce, de cría, con mulillos debajo, trabajadores. Estas precisamente fueron su muerte y su parca cuando llegó al hijo de Zeus corazón de hie-

rro —al héroe Hércules— el de las grandes hazañas, que teniéndole de huésped le mató en su propia casa, cruel, ni temió la mirada de los dioses ni la mesa que ya le había preparado. Allí le mató también a él, que las yeguas se quedó con ellas, las de las fuertes pezuñas, en sus palacios.—Estas iba a buscar cuando se encontró con Ulises y le dió el arco, que antes —cómo no— llevaba el gran Eurito, pero al morir se lo dejó a su hijo en sus casas tan altas. —A Ulises le dió una espada aguda y una ardida lanza, comienzo de amistad cariñosa. Pero no se volvieron a encontrar en la mesa, porque antes mató el hijo de Zeus a Ifito el hijo de Eurito, parecido a los inmortales, el que le había dado el arco. Arco que nunca el divinal Ulises al ir a la guerra en las negras naves había llevado, sino que allí quedaba como recuerdo de amistad cariñosa en los palacios; mas lo llevaba en su propia tierra».

La hechura es típicamente homérica. Empieza por el fin: «El arco y las flechas que le dió un su huésped encontrándole en Lacedemonia». Luego viene lo anterior. ¿Cómo se encontraron? ¿Por qué? Porque el uno había ido a reclamar reses y el otro a buscar unas yeguas... Ulises era todavía un niño. Son detalles de la vida de Ulises que el poeta va sembrando a lo largo del poema en momentos oportunos, detalles que no admite la marcha de la acción pero que caben en estos como remansos... Su oportunidad está en la habilidad del héroe que, siendo un niño, es capaz de desempeñar tal comisión y andar tanto camino. Ya se le veía venir...

Luego viene la sintonización con la tragedia del arco que se avvicina. La muerte de Ifito a manos de Hércules en su propia casa, en la misma mesa... ¿No es Ulises un nuevo Hércules, «el de las grandes hazañas»?... Con la nota final emotiva: No le llevaba a la guerra y le llevaba en su propia tierra, como ahora...

* * *

Presentado y ambientado el histórico arco, sigue con la amplia descripción de Penélope.

Quinto, el desván: «Ella cuando ya al desván aquél llegó —la divina entre las mujeres— y pisó el umbral de roble que un día el carpintero cortara hábilmente y enderezara a cordel —jambas en él fijó, y a ellas adaptó brillantes puertas— en seguida —¿cómo no?— ella la correa rápidamente desató del picaporte, metió dentro la

llave, y de las puertas descorrió los cerrojos empujando. Estas mugieron como un toro que paca en un prado: tanto mugieron las hermosas puertas heridas por la llave y se le abrieron al punto». Nueve versos describiendo la llegada al desván y la apertura de la puerta. ¿Nueve versos vacíos? No, Homero nunca es vacío. Pues entonces ¿cómo ha llenado los nueve versos? Describiendo con majestad la puerta y la apertura. En la puerta se fija en el umbral: su materia era de roble, «su forma»: «hábilmente, rectamente labrado»; en las jambas, en las puertas «brillantes»... es decir, en los tres componentes de las puertas, y se fija a la manera homérica, cuando el carpintero las hacía... En la apertura se fija en todos los pasos del proceso: primero soltar la correa que atada al picaporte impedía descorrer los cerrojos, luego meter la llave, luego descorrer los cerrojos de las puertas... con el matiz del empuje o del esfuerzo. Tan grandes eran. Es la primera mitad de la apertura.

La segunda mitad contiene los efectos: efectos de ruido para indicar lo grandes que eran y el mucho tiempo que llevaban cerradas, — «y ellas crugieron como muge un toro que paca en la pradera: tal crugieron las hermosas puertas heridas por la llave» — descripción logradísima por el acierto de la comparación. ¿Quién no ha oído rechinar a esas puertas macizas y desusadas? ¿Y qué sonido mejor para caracterizarlas que el mugir de un toro? Y mugen al ser heridas... por la llave. Matización preciosa.

Después del efecto del sonido, el efecto de la apertura: «Y se le abrieron al punto». El contraste es evidente: Como antes bramaban... las puertas hermosas, así ahora se abren en seguida... las puertas pesadas...» Como obedientes a la reina.

Sexto, la cogida del arco. Seis versos tiene. Llenos de ricos detalles y de emotividad intensísima: «Ella —¿cómo no?— sobre el alto piso avanzó y a la tarima subió. Allí las arcas estaban y en ellas olorosos vestidos había. Desde allí, extendiendo la mano, de un clavo cogió el arco con la misma caja que le encubría brillante. Y sentándose al pie allí mismo y sobre las rodillas poniéndole, lloraba que partía el alma, e iba sacando el arco del rey...» Es la majestad augusta del momento, es el patetismo lento y hondo de la escena lo que se refleja en esta lentitud augusta de la narración. Ocho son los escalones por donde sube a estas alturas... porque el arco de Ulises está muy alto... Parece que se complace el poeta en descri-

bir lo alto que está. ¿Será para indicar su olvido? ¿Será para decir lo guardado que estaba? ¿Será para impresionar más con lo misterioso y lejano? Lo cierto es que primero «sale Penélope a la alta escalera», luego «sube al desván», luego «asciende a la tarima», luego todavía tiene que estirar el brazo para descolgar el arco pendiente de un clavo. Y la imaginación está viendo al arco allí sólo, alejado, ausente en su propia casa... como su amo.

Avanza, pues, Penélope sobre ese alto piso donde están las arcas con ropas fragantes. Es la caracterización del desván, como antes le caracterizó con los tesoros del rey —bronce, oro y el muy machacado hierro—. La fragancia de las ropas es la nota suave que nunca olvida Homero en estos momentos fuertes como antes la hermosura de las puertas. Es desde allí desde donde ella tiene que extender el brazo para descolgar el arco colgado de un clavo. ¡Qué alto está! ¡Qué lejano! Como para alejar el momento tan temido por Penélope de tener que descolgarlo. Así lo ha retrasado el poeta... y lo sigue retrasando. Porque no coge el arco sólo, sino el arco con su mismo estuche, el estuche que le guardaba tan precioso... Otra nota suave que aumenta la emoción. Y para hacer más tiempo y para que cale más hondo la emoción, Penélope se sienta allí mismo y pone sobre sus rodillas el estuche cerrado y llora con llanto que rompe el alma... Y empieza a sacar el arco del señor... ¿Puede darse más espaciado? ¿Y al mismo tiempo más densidad emotiva?

Séptimo, la bajada del arco: «Penélope, cuando ya se satisfizo del muy lloroso lamento, empezó —cómo no— a bajar al salón de los pretendientes próceres con el arco en las manos flexible y la aljaba receptora de flechas. ¡Cuántas iban en ellas preñadas de ayes! Con ella —cómo no— juntamente las siervas llevaban un cesto, donde el hierro yacía abundante y el bronce, premios de su señor»... Penélope bajando a los pretendientes con el arco en las manos y la aljaba repleta de flechas preñadas de ayes... prenuncia sin querer poéticamente a Ulises, que al fin de la rapsodia aparecerá también ante los pretendientes con el arco y la aljaba repleta de flechas preñadas de ayes. La repetición de esta nota dos veces a la entrada de la rapsodia cómo está proyectando la tragedia sobre toda ella...

Octavo, la presentación del arco: «Y ella, cuando ya a los pretendientes llegó —la divina entre las mujeres— se paró —cómo no— junto al poste del techo firmemente hecho, ante las mejillas

teniendo brillante velo. Una doncella solícita —cómo no— la asistía de cada lado. Y al punto a los pretendientes habló y dijo éstas palabras: «Oidme, pretendientes altivos, que abusáis de esta casa para comer y beber aquí siempre, porque el hombre no está aquí desde hace tanto tiempo... Y no podéis presentar otro pretexto sino que pretendéis mi mano y me queréis por esposa. Pues, ea, pretendientes, ya que éste es vuestro premio... Porque os voy a sacar el gran arco de Ulises divino: y el que más fácilmente arme el arco en sus manos y dispare a través de doce hachas seguidas, con ese me marcharé, despidiéndome de esta casa donde me casé, tan hermosa, tan llena de víveres, de la que algún día me he de acordar, yo creo, aun entre sueños»... Así dijo y —cómo no— pidió a Eumeo el divinal porquerizo que sacase a los pretendientes el arco y el grisáceo hierro»...

Ya terminó el gran «*ritardando*» de la marcha fúnebre de la presentación del arco. Magistralmente compuesta para reproducir la trascendencia sin igual del momento en que se anda sin querer andar, se decide sin querer decidir, se descuelga sin querer descolgar... Momento de recuerdo, de emociones, de desgarres, de despedidas... todas en el interior del alma, pero que se exteriorizan por esa lentitud cansina y plúmbea que parece que los pies se hacen de plomo... ¡Qué bien la ha reflejado el poeta deshilando todos los momentos que integran esta escena! La inspiración de la idea, la salida a la escalera, la cogida de la llave, la subida al último cuarto, la genealogía del arco, la llegada al umbral, la apertura de la puerta, el descolgar del gran arco, el llanto, la bajada, la presentación, la entrega... Son los anillos cronológicos de esta cadena misteriosa poéticamente imantada que ata los corazones, heridos por la intensa corriente emotiva que la recorre.

Ya ha llegado a su fin. Ya la reina ha propuesto su plan. Ya está resuelta a casarse con el que venza. Tendrá que abandonar su casa, la casa de su desposorio, la casa tan hermosa y tan rica, de la que ha de sentir añoranza aun entre sueños. Pero para poner ya fin a esta situación insostenible que corre peligro de acabar con esta casa tan rica, se marchará con el que venza... Mas primero tiene ese tal que vencer. Y vencer con el arco de Ulises... ¿Quién sino Ulises le podrá manejar? Como sólo Aquiles puede manejar su lanza, así sólo Ulises puede manejar su arco.

ESCENA 2.^a.—LA PREPARACION DEL CERTAMEN

Tiene tres pasos: Primero, intervención de Antínoo, segundo, intervención de Telémaco, tercero colocación de las hachas y prueba del arco por Telémaco. El motivo musical está en la tragedia que se cierne sobre todo el ambiente.

a) *Intervención de Antínoo*: «Llorando Eumeo recibió el arco y le puso en su sitio. Y lloraba también al otro lado el boyero, cuando vió el arco del amo. Mas Antínoo les increpó diciéndoles así con apodos: «Necios rústicos, que vivís al día, ¡ah miserables! ¿por qué os ponéis a llorar y a esta mujer el ánimo en su pecho impresionáis? Bastante aun sin esto está sumido en pesares su ánimo, pues a su esposo querido perdió. A cenar en silencio sentados, o salid allá fuera a llorar, aquí el arco dejando, para los pretendientes debate imposible: porque, no creo que fácilmente este arco pulido se arme. Pues no hay aquí un hombre tal —entre toditos estos— cual Ulises era.. Yo mismo le vi —que lo recuerdo muy bien— aunque aún niño era». Así dijo, pero —cómo no— el corazón en el pecho le daba esperanzas de tensar el nervio y atravesar el hierro. Pero ¡ay! que la flecha el primero gustar gustaría de manos de Ulises sin par... al que entonces estaba faltando sentado en la sala, y encima excitaba a lo mismo a todos sus compañeros...».

El contraste entre Eumeo llorando al recibir y ver el arco del amo y la increpación de Antínoo a él y al boyero es una nota más en la escala que lleva a la tragedia. Es una nota más y es la última nota. Por eso dice el poeta que él había de ser el primero que había de gustar la saeta de manos de Ulises... a quien deshonraba. ¿No era deshonra del amo reñir a los fieles criados porque le lloraban? El lo atribuye a egoísmo — que no están más que a la ganancia del día— o porque lo hacían para que Penélope se lo recompensase, o porque temían que marchándose Penélope se quedarían sin protectora... En su espíritu egoísta todo lo de los demás lo interpretaba así... Egoísta e imperioso: «A cenar en silencio o a llorar afuera...». Y además presumido y doblado. Presumido porque esperaba vencer en la prueba, y doblado porque disimulaba lo contrario. Sólo que sin querer decía la verdad: «Dejad aquí el arco... para los pretendientes certamen imposible... No creo fácil armarle... No hay aquí un hombre como Ulises... Yo le ví —lo recuerdo— y

era un niño...». Notas suaves que aumentan la tragedia. Notas que anuncian lo que ha de suceder... según la manera homérica, dejando el interés para el modo. Notas que preparan por contraste el comentario trágico del poeta: «Así decía, pero en su corazón esperaba triunfar». Sí, el primero que había de gustar la saeta de manos de Ulises. El primero no en el triunfo sino en la derrota... Descubre otra vez el desenlace y a pesar de todo no mata el interés sino que lo excita concentrándolo en el modo...

* * *

b) *Intervención de Telémaco*. Impresionante era la ironía sofoclea de las últimas palabras de Antínoo: «No hay aquí entre todos estos nadie como Ulises»... que estaba allí presente. «Yo mismo le vi —le está viendo— lo recuerdo muy bien... siendo un niño... «Como ahora lo es respecto a Ulises»...

Esta misma ironía rezuman las palabras de Telémaco: «Y dijo así la Sacra Potestad de Telémaco: «Oh cielos, verdaderamente que Zeus Cronida me ha vuelto loco. Mi madre querida me dice, aun prudente como es, que se ha de ir con otro abandonando esta casa... Y yo me río y me alegro en mi necio corazón. Pero, ea, pretendientes, ya que es tal vuestro premio cual no hay ahora otra mujer en toda la Aquea tierra, ni en Pilos sagrada ni en Argos ni en Micenas, ni en la misma Itaca ni en el continente oscuro. Pero si vosotros lo sabeis muy bien: ¿qué necesito yo alabar a mi madre? Mirad no andéis dando largas con excusas ni sigáis por más tiempo apartados del arco sin tenderle, para que veamos. ¿Qué? Yo mismo voy a probar el arco: y si le tenso y atravieso el hierro, no dejará contra mi voluntad estas moradas mi señora madre yéndose con otro, puesto que quedo yo detrás capaz de ganar los espléndidos premios de mi padre». —Dijo y de los hombros quitó el manto de púrpura derecho poniéndose, y descolgó la espada de los hombros...».

Telémaco no podía disimular su contento ante la perspectiva del rápido triunfo de su padre. Y para que no chocase da excusas... «Yo debo estar loco. Dice mi madre que se va a ir de casa y yo me río...» Nosotros que sabemos la causa gozamos, y gozamos mucho más viendo que ellos no la saben. El gozo del doble sentido, en el que nosotros nos sentimos también creadores, colaborando con el artis-

ta para poner lo que él no nos dice. Somos como accionistas estéticos de la obra de Homero.

Puesta la excusa, anima al certamen. Tiene tanta prisa de que llegue su padre... Y el pregón no puede ser más poético para el hijo bueno que alaba a su madre... Sigue en la misma línea de la excusa: «Mi madre se marcha y yo me río...» Pues ya que éste es vuestro premio —una mujer cual no hay otra en toda la tierra Aquea— y enumera para hacer sentir más esta idea cinco naciones o pueblos —Pilos, Argos, Micenas, Itaca y el oscuro continente... Con el simpático final: «Pero si vosotros lo sabéis... ¿qué necesito yo alabar a mi madre?»... tan juvenil. Consecuencia: No retraséis más la prueba del arco, para que veamos...» Y luego para dar el ejemplo y obligarlos así más a empezar, se ofrece a empezar él mismo. ¿Con qué idea? Con la misma de la salida de la madre con que viene hilvanando toda esta intervención: «Voy a probar yo mismo el arco, y si venzo, mi madre se quedará en mi casa, puesto que tiene un hijo como su padre»... Así tan hábilmente, tan poéticamente, está compuesta esta intervención. Con una sola idea desde el principio hasta el fin —la salida de su madre— matizada en cada caso con una nueva modalidad: 1.^a, mi madre se me va y yo me río; 2.^a, mi madre, cual no hay otra, es vuestro premio... ¡al certamen!; 3.^a, voy a ver si gano yo y entonces no se va mi madre... Dijo, y se quita el manto y la espada, y se pone a preparar las hachas...

Así cumplió su primera finalidad de preparar el certamen, pero de tal manera lo cumple que llena también otros fines secundarios, como es de ley en los grandes genios, que con una sola solución resuelven muchos problemas a un mismo tiempo. Aquí actuamos más en la trascendencia del momento sin igual a que asistimos —la idea de irse Penélope con otro esposo—, darnos a sentir más toda la personalidad de Telémaco recién llegado a la mayor edad, revelándole como igual a su padre, inspirarnos confianza en el triunfo de Ulises con esta confianza de su hijo, dejarnos aspirar la fragancia del corazón filial del buen hijo, nota suave que encanta y que prepara futuros contrastes, servirnos el plato exquisito de la ironía sofoclea que se encuentra difundida por todo el pasaje...

* * *

c) *Colocación de las hachas y prueba del arco por Telémaco.* Dejado el manto y la espada «primero colocó las hachas abriendo una zanja con igual distancia para todas ellas, y las alineó por arriba, y por abajo apisonó la tierra. El pasmo se apoderó de todos cuando vieron con qué arte las había colocado: porque antes nunca lo había visto.

Se fué —cómo no— hacia el umbral y allí se puso, y empezó a probar el arco. Tres veces le hizo temblar en su afán de tensarle y tres veces desistió de su esfuerzo, aunque siempre esperando en su ánimo tender el arco y atravesar el hierro. Y ahora ya —cómo no— le hubiera tendido empujando con su fuerza por cuarta vez... cuando Ulises le movió la cabeza, y le paró a pesar de su afán. Entonces les dijo la Sacra Potestad de Telémaco: «Oh cielos, ¿tendré que ser yo siempre un cobarde y un flojo? ¿O soy demasiado joven y no puedo todavía confiar en mis manos para rechazar a un hombre que se ponga a ofenderme? Pero ea, los que me adelantáis a mí en la fuerza, probad el arco y llevemos a cabo el certamen». Así diciendo dejó el arco en tierra apoyándolo en las compactas y bruñidas puertas, y allí la veloz saeta reclinó junto a la hermosa punta del arco. Y de nuevo se volvió a sentar en la alta silla de donde se había levantado».

Es la rápida preparación del certamen con velocidad homérica. Y toda en acción. Los detalles selectos y típicos que parece se ven. Una sola cosa —«colocó las hachas»— la matiza con cuatro detalles nacidos del *cómo*. Primero «abriendo una zanja», segundo «dejando igual distancia entre hacha y hacha», tercero «las alineó por arriba», y cuarto «apisonó por debajo la tierra». Luego la impresión en los expectadores: «El pasmo se apoderó de todos cuando vieron con qué arte las había colocado», y la razón principal de este pasmo «porque antes nunca lo había visto». Este dejar para el fin el golpe más fuerte es muy homérico. Pasmos causa el ver que las hachas están bien colocadas, pero cuando ello se hace sin haberlo nunca visto, el pasmo es mucho mayor. Es el primer medallón: la colocación de las hachas y la impresión en los circunstantes.

Ahora el segundo, la prueba del arco. El poeta quiere idealizar a Telémaco presentándole como un anticipo de su padre. Se fija en el *sitio* y en el *modo*. Sitio: «Se fué hacia el umbral y allí se puso...» como luego su padre. Modo: «Tres veces hizo temblar el arco

en su afán de tensarle y tres veces desistió de su esfuerzo», detalle el de «temblar» que hace ver al arco vibrando en sus manos mientras quiere sujetar la punta que iba suelta..., detalle de «tres veces» que refleja el esfuerzo y empeño del hijo... que al fin va a lograr armarle como su padre... «con su fuerza empujando», pero que su padre le contiene como Aquiles a Patroclo en la conquista de Troya, para que le deje a él toda la gloria. El hijo es digno de su padre. Pero todavía es joven... Por eso le pone armándole «por cuarta vez». Pero ya está su prueba del arco. Satisfactoria. La única satisfactoria, como la de su padre. Aunque sólo en agraz. Quiere el poeta dejar toda la novedad de la madurez para la del padre. Por eso Telémaco disimula con una ironía picante: «¿Tendré que resignarme a ser siempre un cobarde y un enclenque? ¿O es que soy demasiado joven para defenderme contra un hombre que me injurie primero?». Si él es demasiado joven... su padre será quien le defienda contra esos pretendientes «primeros injuriadores».

Y terminada esta alusión poéticamente velada a la matanza, muy en su punto colocada aquí junto al triunfo del hijo precursor de su padre, excita ya a los pretendientes: «Ea, los que en fuerza sois más aventajados que yo, probad el arco, y llevemos a cabo el certamen». Ironía sangrante del equívoco «los que sois más fuertes que yo» que prepara el contraste que sigue del fracaso de «los más fuertes».

Y para cerrar el cuadro otra medalla descriptiva visual: el arco, la flecha, él. El arco lo deja en tierra reclinado sobre la puerta, la flecha la deja en el mismo sitio apoyada en el extremo del arco, él se sienta en la silla de donde se había levantado.

ESCENA 3.^a.—EL CERTAMEN.—INTERVENCION DE LEIODES

Entre el triunfo inicial de Telémaco y el triunfo completo de Ulises están comprendidos —como entre dos puntas de un arco— los demás certámenes. Certámenes, o intervenciones de certámenes, que la inconfundible técnica homérica va a reducir a dos: la intervención de Leiodes y la intervención de Eurímaco. Y para que seguidas no resulten monótonas, quedarán separadas por otra escena de tipo distinto, que será una nueva manifestación del héroe.

Sentado Telémaco, les dice Antínoo el hijo de Eupites: «Levantáos por orden de izquierda a derecha todos mis compañeros, empezando por el sitio desde donde se escancia el vino». Así dijo Antínoo, y les agradó lo dicho...» Así trabaja el poeta. En una frase general da al principio la impresión de que se van a levantar todos. Luego destaca una intervención particular, al fin de la cual en otra única frase general hará desfilar el número. Para destacar más tarde otra intervención particular seguida de otra frase general.

La primera intervención particular es la de Leiodes: «Leiodes el primero se levantó, hijo del Vinoso, que les servía de agorero, y junto a la cratera pulcra se sentaba en lo más recóndito siempre. Las canalladas a él sólo le eran odiosas, y odiaba a los pretendientes todos. Este entonces el primero el arco cogió y la saeta veloz. Y se puso —cómo no— en el umbral caminando y empezó a probar el arco, pero no le armó: que antes se cansó las manos tirando —nunca curtidas, delicadas—. Y entre los pretendientes dijo: «Oh amigos, yo no le tiendo, cójalo otro. Porque a muchos principales ha de costar la vida este arco, que cierto es mucho mejor morir que vivir fracasados en aquello por lo que siempre estamos aquí reunidos, esperándolo todos los días. Ahora hay quien todavía espera en su ánimo y desea desposarse con Penélope, de Ulises esposa. Pero cuando pruebe el arco y lo vea, vaya a pretender a alguna otra de las aqueas, bellamente ataviadas, con regalos de boda ganándola. Y ésta cácese con el que más le dé y el hado le traiga». Así habló y dejó el arco, inclinándole en las compactas bien bruñidas puertas, y en el mismo sitio la veloz saeta sobre la hermosa punta del arco apoyó. Y él se fué a sentar otra vez a la silla de donde se había levantado».

Esta intervención de Leiodes —la primera de los pretendientes— tiene un fin profético en consonancia con el carácter sagrado del personaje. Es el adivino de los pretendientes y como tal presidía la mesa. Por eso se sentaba siempre a la cabecera del salón, junto a la cratera, donde se tenían los ritos sagrados. Toda su intervención está poetizada a base de este carácter. Primero, ocupa el puesto de honor... aunque la coincidencia de ser hijo del «Vinoso» y «sentarse siempre junto a la cratera, por donde empezaba a escanciarse el vino»... no deja de encerrar su punto humorístico. Segundo, era el más honrado de los pretendientes, pues «a él solo le

repugnaban las canalladas y odiaba a todos los demás». Tercero, profetiza la tragedia del arco: «Este arco ha de costar la vida a muchos principales»... Este sentido profético lo recalca el poeta en su boca: «Es mucho mejor morir que vivir y fracasar en el intento que aquí nos une y esperamos todos los días». Cuarto, da los consejos oportunos a los demás: «Ahora todavía esperáis poder casaros con Penélope, pero cuando fracaséis con el arco id a pretender a otra aquea. Y Penélope se case con quien lo merezca».

Como se ve, es una intervención más bien de tipo moral y profético. En ella la prueba del arco está reducida a lo mínimo. Sólo dice que «no pudo armarle, porque primero se cansó la manos estirando, manos no curtidas, delicadas...». Recuerda la breve y típica descripción de Telémaco con dos notas propias del carácter sagrado: «manos no curtidas y blandas». La descripción plena del arco la reserva para Ulises. Y cierra esta intervención personal de Leiodes con la misma medallita descriptivo-visual con que cerró como broche de oro la actuación de Telémaco. Repetición que agrada y da la impresión de fracaso en serie.

Viene luego la intervención general. El poeta la dramatiza y re-
moza con un elemento poético nuevo. Es el crescendo de la descripción, el avance o vuelta de tuerca. «Antínoo le increpó diciéndole por su nombre: «Leiodes, ¿qué palabra se te escapó del cerco de tus dientes? Dura, molesta —me irritó sólo el oírlo—. ¿Con que este arco va a dejar sin vida a los principales porque no puedes tú armarle? No te hizo a ti tu madre para tender arcos y lanzar saetas. Pero otros le armarán bien pronto, pretendientes ilustres». Así dijo, y —claro está— mandó a Melancio pastor de cabras: «Anda ya, enciende fuego en el salón, Melancio, y junto pon un banco grande y una piel encima, y saca un gran trozo de sebo de lo que está dentro, para que los jóvenes —calentando y untando con grasa el arco— lo probemos y terminemos el certamen». Así dijo y él en seguida —Melancio— encendió el incansable fuego, y llevando un banco lo puso junto, y pieles encima, sacó un gran trozo de sebo que dentro había. Con él —cómo no— los jóvenes calentándolo probaban. Pero ni podían tenderle, que mucha fuerza les faltaba».

¿Vemos el arte de Homero? Dramatiza con el dialogismo y la antítesis de los caracteres. Para eso pone un carácter fijo —Antínoo— y ante él van desfilando los demás caracteres provocando las reac-

ciones que en tal cabecilla son de esperar. Primero han desfilado los dos fieles criados, luego Telémaco, ahora Leíodes, después será Eurímaco y por último Ulises. Con todos tendrá que ver Antínoo. Esta posición destacada parece que le está señalando como blanco para la primera víctima.

* * *

¿Vemos el arte de Homero? Sigue la línea trazada desde arriba. «¿Cómo dices esas cosas? Porque tú no le puedes armar. Otros le armarán y pronto...». Ya está sugerida la descripción general: «Otros y pronto».

¿Vemos el arte de Homero? Continuar describiendo más pruebas en las mismas condiciones no tendría objeto. Serían monótonas, serían iguales. Hay que introducir algún elemento nuevo renovador del interés. E introduce el sebo y el fuego. No ajeno al argumento sino unidísimo, como una gradación más en la trama. La descripción del fuego y el sebo distrae además con su variedad y llena lo que no llena la descripción general que se termina en dos versos: «Con el sebo los jóvenes untaban el arco después de calentarlo y probaban a armarle. Mas no podían, pues era mucha la fuerza que les faltaba». Tanto como esto están por debajo de Telémaco. Telémaco sin fuego ni sebo, ellos con ello, Telémaco tiene fuerza para armarle, ellos —aun con sebo, y con fuego— les falta todavía *mucha* fuerza. Tan por debajo están del hijo. ¿Qué será del padre? Así quedan los que Telémaco apostrofaba: «Vosotros, los que en fuerza sois más poderosos que yo...».

¿Vemos el arte de Homero? Ya han desfilado 116 pretendientes: ciento quince anónimos, en el grupo, y sólo tres destacados: Leíodes, Antínoo y Eurímaco. Hemos visto a Leíodes, quedan Antínoo y Eurímaco. Pero no actúan ahora inmediatamente, sino que el poeta, para dar variedad incluye en el medio una escena de reconocimiento. Mas artista hasta en los últimos detalles, lo deja aquí apuntado como broche de donde ha de prender la segunda parte del certamen: «Pero todavía faltaba Antínoo y Eurímaco de aspecto divino, jefes de los pretendientes, que en valor eran muy superiores». Es el timbre, es el crescendo, es la renovación del interés gastado. Pero, caso curioso de la simplicidad artística de Homero: de los

118 hemos dicho que ha destacado tres —los tres principales: el agorero y los dos cabecillas— y todavía le parecen muchos. Por eso no intervendrá en la prueba del arco más que Eurímaco, y Antínoo quedará en reserva. Su actuación es propiamente de jefe, de provocador, de futura víctima...

Parece mentira, con tan pocos elementos cómo consigue Homero tantos efectos. Es por esta trama interna y por estos contrastes con que va llevando la acción por situaciones cumbres y posiciones estéticamente estratégicas. Lo hemos visto en la intervención del agorero —vaticinador de la tragedia— lo veremos en Eurímaco —en el descorazonamiento humillante del Jefe—, y lo vemos en Antínoo en el ir dando largas a su evidente fracaso... frente a la potencia del hijo y la fuerza increíble del padre. Pues sobre todos estos esfuerzos y fracasos flota la idea del poder de Ulises que manejaba aquel arco que el poeta irónicamente llama «flexible»... Y Ulises estaba allí...

ESCENA 4.^a—EL RECONOCIMIENTO DE ULISES POR SUS CRIADOS FIELES

Esta presencia de Ulises es la que nos quiere hacer sentir el poeta en medio del fracasado certamen como prenuncio de la tormenta que se avecina y que el mismo protagonista va a fraguar ahora ante nuestros ojos. Es el arte de Homero: la intensidad emotiva —a la que siempre está echando leña— de la trama. Pues el certamen no se describe por describir un certamen, sino como medio para la matanza. Y a esa matanza trágica es a lo que va principalmente ordenada esta escena.

«Los dos salieron de casa marchando ambos juntos, el boyero y el porquerizo de Ulises divino. Y se fué él de casa tras ellos, el divino Ulises. Y cuando ya fuera de las puertas estaban y del mismo patio, dirigiéndose a ellos les dijo con dulces palabras: «Boyero, y tú, porquerizo, tengo una cosa... ¿Os la diré o me la guardaré para mí? Decirla me pide mi ánimo. ¿Cuáles seríais para defender a Ulises, si de algún sitio viniese así con toda sorpresa y algún dios le trajese? ¿Daríais a los pretendientes ayuda o a Ulises? Decidlo como el corazón y el ánimo os manda». Y entonces le contestó el hombre

encargado de cuidar los bueyes: «Zeus padre, ¡oh si cumplieses este deseo, que viniera aquel hombre y le trajera algún dios! Conocerías cuál es mi fuerza y qué manos me siguen». —Así igualmente Eumeo suplicaba a todos los dioses que volviese Ulises, el tan prudente, a su propia casa.

Pues cuando ya de ellos conoció la mente sincera, otra vez les contestó diciéndoles estas palabras: «Dentro ya está él... ¡Yo soy! Después de pasar mil pesares, he llegado en el vigésimo año a la patria tierra. Veo que sólo vosotros de entre todos los criados deseáis mi vuelta. A ninguno de los otros he oído suplicar que yo volviese de nuevo a mi casa. A vosotros os voy a decir la verdad de lo que va a pasar. Si a mis manos un dios hace sucumbir a los pretendientes altivos, os traeré a los dos esposas y os daré posesiones y casas construídas junto a la mía. Y seréis para mí en adelante compañeros, y hermanos de Telémaco. Mirad, os voy a enseñar una señal bien patente para que me conozcáis bien y me creáis en vuestro corazón: la cicatriz que un día me hizo un jabalí con blanco diente cuando fuí al Parnaso con los hijos de Antólico». —Así diciendo los andrajos apartó de la gran cicatriz. Y los dos cuando vieron y observaron bien todo, empezaron a llorar echando sus brazos al cuello de Ulises prudente, y le besaban dándole la bienvenida en cabeza y hombros. Así igualmente Ulises sus cabezas y manos besaba.

Y llorando los hubiera dejado el sol al ponerse, si el mismo Ulises no los hubiera contenido diciendo: «Parad ya de lloros y llantos, no salga alguno de la sala y os vea y luego lo diga allá dentro. Sino de uno en uno id entrando, y no a una todos; primero yo, y luego vosotros. Mas antes una consigna. Porque todos los otros, cuantos son pretendientes soberbios, no dejarán que me den el arco y la aljaba. Pero tú, divino Eumeo, me lo traes por la sala y me pones el arco en las manos. Y dices a las mujeres que cierren las puertas de su aposento muy bien adaptadas. Y si alguna oye gritos o golpes dentro, de hombres en nuestros recintos, que afuera no salga, sino allí en silencio se quede a su labor. Y a ti, Filecio divino, las puertas del patio te encargo que cierres con llave, y pronto un nudo las eches». Así diciendo entró en las casas bien habitables. Y fué y se sentó en seguida en la silla, de donde se había levantado. Y dentro —cómo no— entraron los dos criados del divino Ulises».

La finalidad de esta escena resulta bien clara. Es hacer sentir la presencia de Ulises ahora que se avecina el momento cumbre. Nueve veces se oye expresamente su nombre, como si el poeta se complaciese en repetirlo. Su vuelta a la patria y a su propia casa se está repitiendo desde el principio hasta el fin... Es preparar los últimos detalles, atar los últimos cabos para la matanza —recluta de aliados en los dos únicos criados fieles: ardides para conseguir el arco, evitar testigos e impedir escapes y ayudas; cierre de puertas, encerramiento de las mujeres—... Es la proximidad de la tragedia presentida, con la pregunta de Ulises: «¿A quién ayudaríais si viniese Ulises, a él o a los pretendientes?» Y con la contestación del fiel criado. «Vieras cuál es mi fuerza y cuáles estas mis manos». Y la promesa de Ulises «Si un dios hiciese sucumbir a mis manos a los pretendientes...» Y el consejo previsor para las mujeres: «Si oyen gritos dentro o golpes de hombres...» Y sobre todo con los últimos consejos previos de darle a él el arco y el cierre de puertas y el nudo bien fuerte... Es un descansar con un nuevo paso en la manifestación de Ulises, parecida a la de Euriclea en cuanto también se trata de criados fieles, pero distinta de ella en cuanto lo piden las nuevas condiciones —bondad de los criados, bondad de Ulises que les promete lo que pensaba hacer con él Menelao —tenerlos junto a sí en casa propia como hijos y hermanos— ternura cariñosa en ellos y en el amo... Es una pintura de Ulises bueno, Ulises justiciero y Ulises prudente... sobre todo prudente, qué todo lo piensa y todo lo prevee, y aprovecha todo lo que puede servir y evita todo lo que le puede dañar... Por eso el poeta le llama «Prudente», «el muy prudente».

No es cosa de hacer ahora su análisis: la prudencia con que aprovecha la salida de los dos criados para hablarles fuera, la cauta insinuación con que los aborda: «Una cosa... ¿la diré o me la callaré? ¿Qué haríais si Ulises viniese?»; la sincera contestación del boyero fiel —sólo del boyero; porque a Eumeo ya le conocemos y basta con decir que decía lo mismo—, la conmovida revelación de Ulises: «Dentro está ya ese... Soy yo... A los veinte años he vuelto... Veo que sólo vosotros sois fieles.. Si venzo yo os premiaré como a hermanos... Mirad esta cicatriz como señal»... Y ellos lloraban y abrazaban y besaban a Ulises y a ellos él también los besaba... ¿No está esta descripción tierna del corazón de Ulises hacién-

donosle amable antes de entrar en la trágica matanza para que no nos resulte sanguinario, algo así como después de terminada viene el tono suave de los perdones y del reconocimiento tierno de las criadas fieles? Así atempera Homero las impresiones fuertes. —La precavida previsión con que los manda callar para que no les oigan ni los vean llorar los de dentro, y que entren de uno en uno... Y sobre todo la prudente y cautísima consigna que les da de traerle el arco, encerrar las mujeres, candar las puertas y sujetarlas con un nudo bien fuerte. —Así diciendo, entró, se sentó, y los otros dos detrás del divino Ulises.

ESCENA 5.^a—EL CERTAMEN.—INTERVENCION DE EURIMACO

«Eurímaco ya al arco entre las manos daba vueltas calentándolo por acá y por allá a la llama del fuego. Pero ni aun así podía tenderle, y suspiró fuertemente su gran corazón. Disgustado, pues, dijo estas palabras gritando: «Oh cielos, cuánto lo siento por mí y por todos. No me apeno tanto por la boda, aunque me duela, que hay muchas otras Aqueas —unas en esta misma Itaca de mar rodeada, otras en otras ciudades—... sino de que seamos tan inferiores en fuerzas al divinal Ulises que no podamos tensar el arco. Vergüenza, aun para los que vengan detrás de sólo el oirlo». Pero Antínoo le dijo, el hijo de Eupites: «Eurímaco, no será así, lo sabes también tú. Es que ahora se celebra en el pueblo la fiesta bendita del dios arquero. ¿Quién va a poder tender arcos? Dejadle tranquilos. Y las hachas... ¿qué, si las dejásemos todas puestas? Porque no creo que nadie se las lleve, viniendo a casa del Laertiada Ulises. Pues, ea, que el escanciador empiece a llenar las copas para que hagamos las libaciones y dejemos el curvo arco. Y al amanecer, decid a Melancio el cabrero que traiga cabras —las mejores de todos sus rebaños— para que ofrezcamos muslos a Apolo en el arco famoso y probemos el arco poniendo fin al certamen». Así dijo Antínoo, y a ellos les agradó el consejo. Los heraldos les derramaron agua en las manos, los donceles coronaron las crateras de bebida, y les fueron sirviendo a todos por su orden llenándoles las copas. Y ellos libaron y bebieron cuanto quiso su ánimo»...

Ya está la segunda y última intervención, preparación próxima de la matanza. Su finalidad no es tanto describir la prueba —la termina con dos rasgos nuevos: «daba vueltas al arco entre las manos calentándole por acá y por allá a la llama del fuego, pero ni aun así podía tensarle»...— cuanto dar la impresión de su pleno fracaso. Fracaso por una vergonzosa impotencia que contrasta más con la potencia de Ulises que manejaba aquel arco. ¡Y ellos quieren ser sus sucesores desposándose con su esposa! Esta depresión humillante de los pretendientes levanta en el ánimo del lector la figura de Ulises y da la clave para comprender lo que puede pasar en cuanto Ulises cobre el arco en sus manos. Por eso Eurímaco recalca esta inferioridad: «No lo siento tanto por la boda como por la vergüenza de que seamos tan inferiores a Ulises»...

Inferioridad que Antínoo quiere disimular pero que de hecho acepta al diferir hábilmente su intervención para otro día con la excusa de la fiesta. «Es precisamente hoy la fiesta de Apolo el dios del arco: ¿a qué empeñarnos en tender hoy el arco? Sería un reto y una ofensa al dios. Dejémoslo para mañana. Quede todo como está, y al amanecer haremos sacrificios y pondremos fin al certamen. La fiesta del dios —precisamente del dios del arco— es un elemento nuevo renovador del interés. Así como al acabar la primera intervención trajo el fuego y el sebo, así al acabar esta segunda trae la fiesta... Pero no es esto sólo, es que quiere ambientar la matanza en un marco religioso cumbre, ya que el triunfo del arco en manos de Ulises va a ser un triunfo cumbre. Por eso este triunfo y esta matanza va a tener lugar precisamente en el día en que se celebraba en todo el pueblo de Itaca la fiesta del dios Apolo, el divino especialista del arco. Puesto este marco ambiental empieza ya el cuadro...

ESCENA 6.^a.—EL ARCO EN MANOS DE ULISES

Llega el poeta a donde quería, a poner en manos de Ulises el instrumento de su venganza. Pero, ¡qué operación más difícil! Antes cuántas dificultades va a tener que vencer. Dramatizar esta dificultad va a ser el arte principal de esta escena.

Si la matanza es el objetivo principal de Ulises y el arco es su instrumento, dicho se está que el poeta la destacará regiamente y al

arco le elevará a la categoría de héroe. Si la entrega del arco en manos de Ulises es la ocasión y el prerrequisito de la matanza, dicho se está que el poeta la hará resaltar con toques épicos y dramático relieve.

«Cuando ellos hicieron las libaciones y bebieron cuanto quiso su ánimo, pensando en astucias les dijo el tan ingenioso Ulises: «Oídme, pretendientes de la incomparable reina, para deciros lo que el ánimo en mi corazón me manda. A Eurímaco sobre todo y a Antínoo de aspecto divino suplico —ya que ésto que ha dicho lo ha dicho tan bien: que ahora dejen el arco y lo encomienden a los dioses, y a la mañana el dios dará el poder a quien él quiera— ea, dadme a mí el arco bien pulido, para que entre vosotros pruebe mis manos y mi fuerza, a ver si todavía tengo el vigor que antes tenía en mis flexibles miembros, o ya me lo perdió mi vida errante y mi descuido».

Así dijo, más ellos —cómo no— todos tremendamente se irritaron, temiendo no llegase a armar el arco bien pulido. Y Antínoo le increpó con estas palabras gritando: «¡Ah miserable extranjero!, no tienes cabeza, ni pizca. ¿No te basta el comer tranquilo con nosotros los principales sin que te falte nada del banquete, oyendo nuestras palabras y conversación? Ningún otro extranjero y mendigo oye nuestras conversaciones... El vino te ha trastornado, el dulce vino que también a otros dañó, cuando se toma a grandes tragos y se bebe sin medida. El vino también al Centauro, al renombrado Euritión, trastornó, en el palacio del magnánimo Peirítoos, cuando a los Lapitas fué. Y una vez que se le subió el vino a la cabeza, en su locura empezó a cometer desmanes en casa de Peirítoos. Y a aquellos héroes les cogió la rabia y dando un salto le arrastraron por el pórtico afuera y le cortaron las orejas con el cruel bronce y las narices. Y él cegado en su mente iba llevando la carga de su pecado con loco corazón. De entonces vino la lucha entre Centauros y hombres. Pero para sí encontró el primero su mal por cargarse de vino. Así también para tí te aseguro una gran calamidad si tiendes el arco. Porque no encontrarás amabilidad en ninguno de nuestra casa sino que te mandaremos en una nave negra a Equeto, el descuartizador de todos los hombres. Y de allí no saldrás con vida. Con que bebe tranquilo y no contiendas con hombres más jóvenes»...

* * *

Es el primer avance de la dramatización: la propuesta de Ulises y la reacción de los pretendientes por boca de Antínoo. Ulises pide el arco. El poeta redobla los epítetos: «Meditando astucias con su mucho ingenio»... Se dirige a Eurímaco y sobre todo a Antínoo, los cabecillas. Se insinúa aprobando el consejo del último de dejar el certamen hasta mañana... y pide el arco para ver si conserva el vigor de antaño, o lo ha perdido con tanto viaje y tan poco cuidado...» Estas palabras de tanto alcance para el lector que identifica en ellas al que las dice —y tan ocultas para los pretendientes— causan una impresión profunda.

La reacción de los pretendientes ante aquella pretensión del mendigo es fulminante. Les hiere la desigualdad social y sobre toda la posibilidad de que pueda armar el arco que ellos no han podido. Por eso se irritan todos y tremendamente. Y como todos no pueden hablar, toma uno por todos la palabra. ¿Quién sino el que trae hasta ahora la voz cantante, Antínoo? ¿Qué le dice?

Primero una injuria: «¡Ah miserable extranjero!, no tienes ni pizca de cabeza». — Segundo un afeamiento de su pretensión: «¿No te basta con tener lo que ningún extranjero y mendigo ha tenido: Comer con nosotros, oír nuestras conversaciones?» — Tercero: la explicación de esta falta de cabeza: el vino. «El vino te ha trastornado, el que ha trastornado a tantos... cuando se bebe a grandes tragos y sin medida». Y cuenta el caso del Centauro Euritión que fué mutilado por los desmanes que cometió embriagado. «Así te pasará a tí si tocas el arco...». Cuarto el consejo final: «Por eso bebe tranquilo y no quieras contender con hombres más jóvenes».

La contestación de Antínoo muy natural ante la pretensión del mendigo. Y su poesía está en el contraste tajante. Ulises pide el arco y Antínoo portavoz de la opinión general se lo niega terminantemente so pena de grandes amenazas. ¿Cómo salvar este punto muerto? ¿Cómo tender un puente entre Ulises y el arco? He aquí el interés del segundo avance. ¿Habrá que decir que esta historia del Centauro emborrachado por el vino parece que trae a la memoria la historia del Ciclope?... Y que este recuerdo del Ciclope —la mayor aventura de Ulises— puesto aquí parece que inspira confianza de que el héroe que allí venció vencerá también en esta nueva aventura —no menor que aquella— en que está metiéndose? ¿Habrá que decir que después de este caso del vino tan ampliamente ex-

playado por Antínoo llama la atención que precisamente a él le mata el héroe con la copa en la mano —con la grande copa— cuando iba a beber «a grandes tragos»? ¿Habrá que decir que la frase que Antínoo aplica al Centauro: «Y a sí mismo el primero se atrajo el mal cargado de vino», parece un epitafio de sí propio? —*Pero sigamos con el segundo avance.*

* * *

Intervienen Penélope, Eurímaco y Telémaco. Penélope contesta a Antínoo, Eurímaco contesta a Penélope y Telémaco zanja la cuestión. Entonces le dijo la prudente Penélope: «Antínoo, no es decoroso ni justo coartar a los huéspedes de Telémaco, sea quien sea el que llegue a su casa. ¿Crees que si el huésped llega a tender el gran arco de Ulises confiado en sus manos y fuerzas, me ha de llevar a su casa y me ha de hacer su esposa? Ni a él mismo se le ocurre esperarlo en su pecho. Por eso que ninguno de vosotros se turbe por ello mientras come en mi casa, porque no dice bien, pero nada bien». —Entonces Eurímaco, hijo de Pólibo, la contestó: «Hija de Icaro, prudente Penélope, no es que creamos que éste te ha de llevar. Ni dice bien. Sino nos dan vergüenza los dichos de los hombres y de las mujeres, no sea que algún día diga alguno de los más bajos de los Aqueos: «Vaya unos peleles que están pretendiendo la esposa de un hombre sin tacha, que no son capaces de armar el arco pulido. Y viene por ahí un mendigo que va vagabundo y lo arma con toda facilidad y atraviesa los hierros». Así dirán y esto será una ignominia para nosotros».

Pero le contestó la prudente Penélope: «No es posible que sean de buena fama en el pueblo los que están deshonorando y comiendo la casa de un príncipe. ¿Por qué teméis que ésto vaya a ser una ignominia? Además este huésped es alto y fornido y por nacimiento se gloria de ser hijo de un buen padre. Con que, ea, dadle el arco pulido para que veamos. Porque una cosa os digo y ésta se ha de cumplir. Si le llega a armar y le da gloria Apolo, le vestiré con un manto y una túnica —hermosos vestidos— y le daré una aguda jabalina, defensa contra perros y hombres, y una espada de dos filos. Y para bajo los pies le daré sandalias, y le mandaré a donde el corazón y el ánimo le impulsen».

Y Telémaco a su vez prudente la contestó: «Madre mía, el arco ninguno de los Aqueos es más poderoso que yo para darlo o negarlo a quien me dé la gana, ni cuantos mandan en la rocosa Itaca ni cuantos en las islas hacia Elis, apacentadora de caballos. Ninguno de ellos podrá resistir mi voluntad si quiero de una vez dar al huésped este arco, para que se lo lleve. Vete a tu cuarto y atiende allí a tus quehaceres —el telar y la rueca— y manda a los criados lo que han de hacer. Que del arco se encargarán los hombres todos y especialmente yo, a quien corresponde el mando de esta casa». Ella admirada se volvió de nuevo a su cuarto, guardando en su corazón las prudentes palabras del hijo. Y subiendo al piso alto con las mujeres sus criadas empezó a llorar por Ulises su querido esposo, hasta que le puso en los párpados el dulce sueño la de ojos brillantes Atena».

Este segundo avance tiene como fin acortar las distancias para que el arco pueda llegar a manos de Ulises. Distancias psicológicas... Pero la misma dificultad de acortarlas indica lo importante y trascendental de la empresa. Importancia que se refleja también en la categoría de los personajes que intervienen: por parte de los pretendientes los dos cabecillas —Antínoo y Eurímaco— y por parte de Ulises su esposa y su hijo. Con el diálogo el poeta va sacando a luz los verdaderos móviles de la oposición, y también la simpatía e interés de Penélope por el misterioso mendigo a quien todos tratan en el palacio por ella como a ningún otro... Ni aunque el corazón la dijera que era él...

Primero sale a defenderle contra Antínoo: «No hay porqué coartar a los huéspedes de Telémaco». Y deshace la razón que parece podían tener para impedirlo: «¿Creéis que si vence me ha de llevar por esposa? No penséis en tonterías». Palabras que con su doble sentido producen en el lector una impresión estética gratísima. Finísima ironía poética. Eurímaco declara la verdadera razón: «No es ese nuestro temor —¡qué ocurrencia!— sino la vergüenza por el qué dirán... Todos ellos no han podido, y viene ahí un mendigo cualquiera y lo arma... ¡qué vergüenza! —Y Penélope con agudeza y rapidez femenina. «¿Vergüenza vosotros? Si os preocupara la vergüenza no la perderíais así ante el pueblo destrozando esta casa. Además este mendigo no es un mendigo cualquiera. Basta ver su tipo para creer lo que dice, que es de familia noble... como voso-

tros. Por eso no hay razón ninguna para no darle el arco: ni la diferencia social, ni el temor al qué dirán, ni el que os lleve la esposa. ¿Y si triunfa? Yo le premiaré con buenos vestidos y armas y le facilitaré la vuelta.

A buenas ya están todos los argumentos deshechos, pero a buenas no se consigue nada. Telémaco lo ve y se impone por las malas. «Madre, el arco irá a quien yo quiera. Y si quiero —para acabar de una vez— dárselo a éste huésped para que se lo lleve, a ver quién me lo impide. Por eso, vete tú a tus labores que el arco corre por mi cuenta, y aquí mando yo...». El poeta aparta así a Penélope del escenario de la matanza a tiempo y la hace dormir con sueño oportuno.

* * *

Tercer avance. La tensión sigue. Por el discurso de Telémaco diríamos más bien que aumenta. ¿Cómo se salva por fin la distancia? Este es el fin de este tercer avance, pasar —como quien dice— este agitado estrecho. «El cogiendo el arco retorcido se lo llevaba —el divino porquerizo—. Mas los pretendientes —cómo no— todos gritaban en los salones. Y así decía alguno de los jóvenes opresivos: «¿A dónde estás llevando el retorcido arco, repugnante porquero, desvariado? Pronto te comerán junto a los cerdos —sólo, apartado de los hombres—, los perros veloces que alimentaste... si Apolo y los demás dioses inmortales nos favorecen». Así dijeron y él lo puso —según lo llevaba— en el mismo suelo, temeroso, porque mucho gritaban en los salones. Pero Telémaco desde la otra banda le gritó amenazante: «Abuelo, adelante con el arco. Pronto dejarás de servir a todos. No sea que aun siendo más joven te eche al campo y te mate a pedradas. Por que soy yo más fuerte que tú. ¡Ojalá fuera también más fuerte que todos los pretendientes que están en la casa en puños y fuerza... Entonces pronto haría salir a muchos de mala manera de nuestra casa porque están maquinando males». —Así dijo, y ellos —cómo no— todos de él dulcemente se rieron —los pretendientes— y ya desahogaron la resentida ira contra Telémaco. Y el arco llevándolo por la sala el porquerizo, en las manos se lo puso acercándose a Ulises experto».

Ya está el arco en manos de Ulises. ¿Cómo ha pasado el estre-

cho alborotado? Con las alas de lo cómico. El porquerizo obediente a Telémaco, quiere pasar el arco, pero todos los pretendientes se le echan encima gritando. El porquerizo oye entre los gritos injurias y amenazas —¿a dónde vas, repugnante porquero, metecato...? los perros te van a comer junto a los cerdos...— Y el porquerizo asustado con tantos gritos deja el arco en el suelo temeroso... Es un momento cómico ver al pobre criado parado, descargando su contrabando, tembloroso. Es un momento cómico que desarma a los airados pretendientes al verse así temidos... y obedecidos por el bondadoso criado... que está entre la espada y la pared.. entre las órdenes de Telémaco y las protestas del público sin saber qué hacer. Ridículo que casi se aumenta cuando a una nueva orden y amenaza de Telémaco coge otra vez el arco y se va con él por la sala hasta dejarlo en manos del práctico Ulises. Bien dice el poeta que todos se rieron suavemente del pobre criado traído y llevado, y con esto desahogaron su ira y protesta contra Telémaco.

Ya está el arco en manos de Ulises. La operación era necesaria, la operación es trascendentalísima, la operación ha sido laboriosa. Ya lo preveía el mismo Ulises al dar la consigna: «Todos los pretendientes no os dejarán darme el arco y la aljaba... Pero tú, divino Eumeo, lleva el arco por la sala y pónmelo en las manos». La dramatización de esta entrega ha sido el objeto de esta escena en la que han aparecido los motivos latentes, en la que han desfilado los personajes principales, en la que se ha presentido la matanza, pues esta protesta unánime de todos los pretendientes a la entrega del arco parece un presentimiento de la matanza inmediata.

ESCENA 7.^a—EL TRIUNFO DE ULISES

Ha sido necesaria toda la habilidad de Penélope y toda la entereza de Telémaco para que Ulises recobre su arco. El hijo ha llegado a su plenitud. Ha recabado para sí el poder y el mando y lo ha ejercido. Ya es digno sucesor de su padre... ahora que tiene que ayudar a su padre en la empresa más difícil.

La consigna de Ulises a los criados fieles contenía tres puntos: 1.^o, la entrega del arco. Ya está cumplida. 2.^o, el encierro de las mujeres y 3.^o el cierre de las puertas. Estas dos últimas consignas

se van a cumplir ahora rápidamente dando la impresión de que se echa encima la tragedia. En cuanto Eumeo entregó el arco a Ulises «llamando a Euriclea afuera del aposento la dijo: «Telémaco te manda, prudente Euriclea, cerrar las puertas de tu sala bien adaptadas, y si alguna oye gritos o golpes de hombre dentro en nuestros recintos, no salga afuera, sino allí en silencio se esté a su labor». — Así habló, y a ella la palabra se le quedó sin alas y cerró las puertas de las salas bien habitables.

En silencio Filecio salió de casa afuera y cerró — cómo no — con llave las puertas del bien cercado pórtico. Estaba tirado bajo el pórtico el cable de una nave bien curva — de biblo — con el cual sujetó las puertas y luego entró dentro de él. Y fué a sentarse en la silla de donde se había levantado «mirando a Ulises»...

Ejecutadas las consignas que por su rapidez y alcance excitan la expectación, *todas las miradas se fijan en Ulises...* «Este ya estaba dando vueltas al arco remirándole por todas partes, probándole por acá y por allá, no fuera que hubiesen comido los cuernos los gusanos estando ausente el señor. Y así decía alguno mirando a su vecino»: ¡Vaya un catador de arcos y un peje que está hecho éste. O tiene él otro igual en su casa o se ha puesto a hacerle. De tal manera lo da vueltas en la manos acá y allá este práctico en mil picardías, este «trotamundos». — Y otro de los jóvenes altaneros decía a su vez: «Así prospere ése como va a poder nunca tender ese arco»...

«Así — cómo no — hablaban los pretendientes. Pero el tan ocu- rrente Ulises en seguida, en cuanto el gran arco cogió y lo miró por todas partes, como cuando un hombre entendido en la lira y el canto fácilmente tensa alrededor de una nueva clavija una cuerda, atando a ambos lados el bien retorcido intestino de una oveja... así — cómo no — sin esfuerzo tensó el grande arco de Ulises. Con la mano derecha cogiéndole probó — cómo no — la cuerda y ella por abajo preciosamente cantó: golondrina parecía en la voz... «Para los pretendientes — cómo no — la pena fué grande, y a todos se les mudó el color. Zeus tronó fuertemente mostrando señales. Alegró- se en seguida el de tanto aguante divinal Ulises, porque le mandaba una señal el hijo de Cronos el de torcidos planes. Cogió una veloz saeta que estaba junto a su mesa desnuda: las otras dentro de la hueca aljaba yacían, las que pronto habían de probar los Aqueos. Puso la saeta en el puente del arco, tiró de la cuerda y las barbas,

desde allí, desde la silla sentado... Disparó la saeta apuntando, y de las hachas no erró ninguna a partir del primer agujero: por todas pasó bien limpio hasta fuera el dardo de bronce pesado. —Entonces dijo a Telémaco: «Telémaco, no te deshonra el huésped que tienes en tus salones sentado: ni he errado un punto en el blanco, ni me he cansado nada, ni he tardado en tender el arco. Todavía está mi resistencia firme. No como los pretendientes murmuran por despreciarme. Ahora ya es tiempo de preparar también la cena para los Aqueos todavía con luz, y divertirnos además en seguida con cantos y lira —que estas son las compañeras del banquete»—. Dijo y con las cejas hizo una señal. El se colgó del hombro la aguda espada, Telémaco, el querido hijo de Ulises divino, echó su mano alrededor de la lanza y junto a él —cómo no— junto a la silla de Ulises se plantó armado de brillante bronce».

* * *

La descripción del triunfo de Ulises es la portada regia de la matanza. Todo él está centrado en la figura augusta del héroe que va a entrar en acción. Figura imponente que se destaca airosa sobre el pedestal de los otros fracasos anteriores. El poeta la va analizando lentamente, desgranando la acción en sus componentes y fijándose a un tiempo en el héroe y en los espectadores. La acción es bien sencilla. Armar y disparar el arco. Pero es tal héroe y es tal arco y es tal disparo... que el poeta nos va dando la impresión de lo sensacional, pintándonos al héroe: 1.º revisando el cuerno del arco y dándonos la impresión que esta revisión causa en el auditorio.— 2.º armando el arco y revisando la cuerda y dándonos también la impresión.— 3.º cogiendo la saeta y preparando el disparo.— 4.º disparando.— 5.º comentando su triunfo.

Vayamos por partes: 1.º *Revisando el cuerno del arco*: «Ulises daba vueltas al arco volviéndole por todas partes, probando acá y allá... no fuera que los gusanos hubiesen comido el cuerno mientras estuvo su dueño ausente». Causa expectación, causa sensación este dar vueltas y más vueltas al arco. ¿Por qué? Porque es el dueño el que recobra y reconoce su arco después de tanto tiempo y parece que se le oye latir el corazón... Porque es el vengador precavido que prepara su instrumento y no quiere previsor que le falle... Porque

es el gran arquero que ha ganado ya muchas batallas... Porque es una vez más el héroe ausente que vuelve incógnito a su propia patria y está reconociendo en su casa a su arco, a ver si le han roído los gusanos el cuerno mientras ha estado ausente. Y con este reconocimiento está como rompiendo el incógnito para el lector que lo sabe, sin que se percaten de ello los espectadores que no lo saben...

Toda esta impresión la aumenta el poeta recogiendo los comentarios de los asistentes. Dos recoge en contraste: uno de admiración y otro de desprecio. El de admiración nos reproduce la impresión que ha producido en nuestro ánimo la descripción directa. ¡Vaya un catador de arcos que está hecho éste! ¡Vaya un peje! O tiene otro como éste en su casa o se lo está haciendo. ¡Vaya cómo lo vuelve y revuelve en las manos para acá y para allá ese ducho en picardías, ese vagabundo... El despreciativo decía así: «Ya va a prosperar ese... como que va a poder nunca armar el arco».

Este comentario despreciativo sirve para dar más relieve al *segundo punto de armar el arco*, pues la facilidad con que lo arma y que recalca el poeta resalta más tras este pesimista augurio: «Así hablaban los pretendientes. Pero el de tantos recursos, Ulises, en cuanto levantó el grande arco y le miró por todas partes — como cuando un hombre entendido en la lira y el canto fácilmente tensa junto a nueva clavija una cuerda atando por ambos lados el retorcido intestino de oveja— así sin esfuerzo tensó el grande arco Ulises». Es el segundo paso: armar el arco que ningún pretendiente había logrado hacer. ¿Qué significa armar el arco? El arco consta de cuerno y cuerda. La cuerda iba atada al cuerno por una esquina, la otra quedaba suelta cuando no se utilizaba para que el arco no perdiera su elasticidad. Al quererle utilizar de nuevo había que armarlo, es decir, encajar la otra punta de la cuerda en la otra punta del arco. Esto es lo que no pudieron lograr los otros. Sólo Telémaco casi a la cuarta vez. Y Ulises en seguida. Con la facilidad con que se tensa la cuerda de una guitarra. Esta descripción indirecta de la comparación qué gracia y qué vida da... con la inclusión en la comparación de los elementos concretos componentes — clavija, cuerda, intestino de oveja retorcido—. La figura de Ulises armando así sin esfuerzo el arco grande, que nadie había podido manejar, es sorprendente.

Tercero, la prueba de la cuerda: «Con la mano derecha cogién-

dola empezó a probar la cuerda del arco: ella por debajo preciosamente cantó: golondrina parecía en la voz». Es la nota suave, delicada, que le gusta a Homero poner en los momentos trágicos para contraste, y para aumentar más la impresión. Por eso multiplica los rasgos suaves muy bien sintonizados con la cuerda: cantar, precioso, golondrina, voz... sin pararse ante la metáfora del canto. El vibrar de la cuerda bajo la mano está felicísimamente comparado al cantar o chillar de la golondrina. Sigue el efecto de este «canto precioso» en los pretendientes, efecto impresionante por el contraste sugeridor: «A los pretendientes le vino gran pena y a todos se les mudó el color»... ¿Por qué? ¿Por la humillación? Históricamente sí, pero poéticamente por la previsión instintiva, por el presentimiento inconsciente del peligro. Peligro que se aumenta con el trueno de Zeus alentador que hace sonreír a Ulises, al pacientísimo Ulises, que ha estado esperando hasta ahora la realización de su obra más grande y más difícil, y siente en este momento la voz del providente Zeus que le anima. Esta intervención divina en este momento cumbre es presagiadora del trágico triunfo. Es como «el visto bueno» del cielo a la hazaña inaudita. Ya puede coger la saeta y hacer el disparo.

Cuarto, cogiendo la saeta y preparando el disparo, lentitud, solemnidad, presagio profético: «Y cogió la veloz saeta que tenía allí junto, en la mesa... desnuda. Las otras estaban dentro de la hueca aljaba, las otras... que pronto habían de probar los Aqueos...» Es el último timbre de muerte. Colocó la saeta en el puente, tiró de la cuerda y las barbas, allí desde la silla, sentado... y lanzó el dardo... apuntando...». Se fija en los detalles típicos de la acción: el acercamiento de la punta de la saeta al puente del arco, la tensión de la cuerda y las barbas de la saeta hacia atrás, el disparar... Y para mayor contraste con la rapidez... la silla y él «sentado...».

Quinto, el disparo triunfador: «De las hachas no erró ninguna a partir del primer agujero —por todas pasó— sin tocar, hasta afuera, el dardo de bronce cargado...». Es la ponderación de la dificultad vencida y la causa de la dificultad —ser el dardo pesado, de bronce, y ser doce los agujeros de las hachas y no chocar con ninguno a pesar de su peso. La fuerza que tendría que llevar... y la puntería. No hay duda. El que así maneja el arco de Ulises —el que sólo Ulises podía manejar— ¿no está diciendo bien claro que es él? Así

lo dicen los hechos y así lo dice el ambiente poético y este es uno de los mayores encantos estéticos de este trozo —este decirlo sin decir—.

Pero es que el mismo Ulises lo quiere indicar.

Sexto, el comentario del héroe: «Telémaco, no te deshonra el huésped en tus salones sentado. Ni erré el golpe ni me cansé en armarlo. Aún estoy entero. No como los pretendientes me critican. Pero ya es hora de preparar también la cena a los Aqueos... ahora que hay luz, y luego a divertirnos con canto y con lira: que éstas son la corona del banquete». Terrible doble sentido del preparar la cena... ¡y con luz! Y precisamente la cena, que es el ocaso del día... Para luego divertirse cantando y tocando... después del ocaso sangriento de la vida. Qué alcance tan trágico el de estas palabras alegres, precursoras e indicadoras de la negra tragedia. Por eso hace una señal con las cejas, y Telémaco se arma y se pone a su lado. La matanza comienza, y el incógnito queda rasgado.

El arte de esta rapsodia está en la unidad. Toda centrada en el certamen. Presentación del arco y desfile de arqueros: Telémaco, Leiodes, Eurímaco, Ulises. En el centro, una manifestación de Ulises para hacerle presente. El interés lo sostiene el dramatismo, el crescendo en los recursos o peripecias y, sobre todo, la revelación inconsciente de Ulises que culmina en el triunfo final.

Treinta siglos han pasado, y no parece sino que al terminar de leerlo nos levantamos de contemplarlo ante una pantalla moderna de televisión. Secretos mágicos de la pluma... cuando es genial.

ENRIQUE BASABE, S. J.